

ABRAHAM, PADRE DE TODOS NOSOTROS

Ricardo Hussey

1ª. Edición- Abril de 2007.
Depósito Legal: SE-2301-07
I.S.B.N.: 978-84-611-6032-7

ÍNDICE

Prólogo – por Bernardo Sánchez García.
Introducción del autor.
Capítulo 1 – Abraham, el amigo de Dios.
Capítulo 2 – La simiente genética.
Capítulo 3 – Su llamamiento y la primer pisada de fe.
Capítulo 4 – La promesa global y el altar a Jehová.
Capítulo 5 – Su descenso a Egipto y regreso.
Capítulo 6 – Un padre riquísimo.
Capítulo 7 – “Elige Tú por mí.”
Capítulo 8 – El guerrero tenaz y vencedor.
Capítulo 9 – El encuentro con Melquisedec (1)
Capítulo 10- El encuentro con Melquisedec (2)
Capítulo 11- El encuentro con Melquisedec (3)
Capítulo 12- Melquisedec (4) Repercusiones del encuentro.
Capítulo 13- Palabras de ánimo. El gran escudo y galardón.
Capítulo 14- La promesa de un hijo propio
y el pacto de sacrificio y fuego.
Capítulo 15- Agar e Ismael.
Capítulo 16- A mayor edad y madurez, mayor responsabilidad.
Capítulo 17- Quitando las íes y añadiendo las haches.
Capítulo 18- El pacto confirmado y ampliado.
Capítulo 19- El agraciado anfitrión de huéspedes celestiales.
Capítulo 20- Abraham el intercesor.
Capítulo 21- Abraham con Abimelec en Gerar.
Capítulo 22- Nacimiento de Isaac.
Capítulo 23- Las dos íes.
Capítulo 24- Las i griegas de la Biblia.
Capítulo 25- “Dios está contigo en cuanto haces.”
Capítulo 26- La gran cumbre del Monte Moriah. (1)
Capítulo 27- La gran cumbre del Monte Moriah (2) y el juramento.(1)
Capítulo 28- La gran cumbre del Monte Moriah (3) y el juramento. (2)
Capítulo 29- Muerte y sepultura de Sara. Isaac y Rebeca.
Capítulo 30- Muerte de Abraham y Abraham en el Nuevo Testamento.
Capítulo 31- El problema insoluble maravillosamente solucionado, y la
gran promesa del Espíritu.
Epílogo – La Ciudad Celestial. “Abraham, el gran patriarca.”

----- () -----

Todas las citas bíblicas están tomadas de la versión Casiodoro de Reina, Revisión 1960, salvo cuando se indica lo contrario.

PRÓLOGO

Me ocurrió una noche de insomnio transitorio durante mis años de ministerio pastoral en Albacete (Castilla La Mancha) allá por los años ochenta y tres, ochenta y cuatro. Un buen hermano de nuestra Iglesia me había hablado con evidente admiración de un **excelente expositor bíblico**, un misionero nacido en Argentina en 1927, a la sazón afincado en Madrid, Don Ricardo Felipe Hussey, a quien había tenido ocasión de escuchar en unas conferencias. Intrigado, comenté que me encantaría conocer y oír personalmente a tal portavoz de Dios.

“Le prestaré un cassette – me dijo amable – y podrá deleitarse con su exposición...” Al no poder conciliar mi sueño, abrí mis oídos y presté mi mejor atención al mensaje grabado.

Efectivamente, el predicador, dueño de todos los recursos de la más selecta oratoria, con un dulce acento argentino y un excelente castellano, elevó mi alma hasta lo más alto del placer que produce escuchar a un auténtico profeta del Altísimo.

Antes de dejarme caer en los brazos del sueño, me propuse contactar con tan magnífico misionero y proponerle que nos visitase un fin de semana, para enriquecer a nuestra congregación con los tesoros de sus vivencias espirituales, con su aquilatada experiencia. ¡Y Don Ricardo aceptó!

Acompañado de su admirable esposa, la misionera Doña Sylvia, mujer de sonrisa siempre radiante, nos concedieron vivir a todos, Pastor, Diáconos y miembros de nuestra Iglesia, jornadas de exaltación espiritual.

Uno de los días de ministerio en Albacete, Don Ricardo, con una exquisita delicadeza, me preguntó si podríamos acercarnos juntos en oración al trono de la gracia. Nos fuimos a la sombra de unos frondosos árboles regados por las aguas del río Júcar, cerca de la ciudad manchega. ¡Nos sentimos acompañados de ángeles, disfrutamos la inefable felicidad de notar cómo el bendito Espíritu Santo nos llenaba de su plenitud! Allí, a la sombra de los árboles, escuchando el dulce rumor de las aguas del río, el maestro de la exposición bíblica me preguntó:

“Hermano, siento en mi alma como si el Señor me guiase a exponer un tema relacionado con la lucha espiritual, el conflicto que nos plantean las huestes espirituales de maldad...¿Le parece que podría ser edificante para la Iglesia?”

“Don Ricardo - repliqué – si el Señor le está indicando esto, ¡hágalo!”

Y lo hizo. Fue una experiencia inolvidable. Siempre basado en las Sagradas Escrituras, adobando su magnífica exposición con experiencias propias, mantuvo intrigados a sus oyentes hasta el fin de su mensaje.

Así fue como el Señor comenzó a enriquecerme con el tesoro de su amistad y de un compañerismo ministerial que ha perdurado hasta hoy, veintitrés años después.

A mi vez, me cupo la gloria de alojarme en su hogar, en Madrid, y de colaborar con él en clases sobre la Homilética y exposiciones bíblicas en la Escuela Bíblica Unida, que en ese entonces utilizaba la sede de la iglesia de Pueblo Nuevo, y también en la Iglesia de calle Monederos de Madrid.

El libro que prologamos, ABRAHAM, PADRE DE TODOS NOSOTROS, es fruto precioso de un bendecido ministerio de exposición bíblica, realizado por su autor en su ministerio itinerante por iglesias evangélicas de muchos rincones de España y de otros lugares. Es un libro breve, dividido en 31 capítulos, precedidos por una introducción del autor mismo, y coronado con un epílogo que canta las glorias de la ciudad celestial, y un ramillete de versos que condensan el contenido principal del libro.

El mismo figura en torno a la señera figura del patriarca Abraham, padre de los creyentes, cuyo linaje espiritual, como magistralmente demuestra Hussey, está compuesto por todos cuantos se hallan emparentados, hermanados, y son la auténtica familia de Dios, el Israel de Dios, por su fe en Cristo - simiente preciosa mediante la cual ha sido consumado el eterno y excelso plan de redención.

Nos engolosina el autor de este ramillete de reflexiones inspiradoras, haciéndonos acompañar al ilustre peregrino en las jornadas más trascendentales de su apasionante vida. De su mano, nos eleva a las cumbres de fe y gloria a las que el Señor exaltó a su siervo; paso a paso nos hace vivir con Abraham las decisivas experiencias de las pruebas, de las vacilaciones, del conflicto espiritual, y del triunfo al que nuestro amado Padre celestial nos conduce, con insuperables y benditos propósitos de enriquecimiento pleno.

El libro puede muy bien llegar a ser todo un devocional cotidiano, que refrigere el espíritu y despeje de brumas de incertidumbre e inseguridad el alma creyente. ¡Hemos disfrutado lo indecible zambulléndonos en sus limpias aguas, canalizadas por este singular maestro de la exposición bíblica!

Estamos seguros de que, como nosotros, todos cuantos tengan el privilegio de recrearse contemplando las maravillas que del carácter, de la vida, de las hazañas de fe del gran **padre de los creyentes**, de Abraham, el amigo de Dios, el modelo a

imitar y repetir, alabarán agradecidos al Señor por el deleite edificante que estos mensajes provocan al ser leídos y asimilados.

Notarán los lectores que cada capítulo va coronado de una reflexión que a modo de síntesis resume lo esencial de la magistral enseñanza dado por este ilustre siervo de Dios. Uno acaba postrándose agradecido y alabando al Señor por haberle guiado en la redacción de éste, su nuevo libro, que, como los anteriores, aquilatará la fe y la espiritualidad y el testimonio de los hijos espirituales del gran padre de los creyentes.

Lo recomendamos encarecidamente a cuantos tienen el honor y la responsabilidad de apacentar la grey de Cristo, a los Pastores de almas, y a cuantos constituyen el bendito linaje de la fe.

Bernardo Sánchez García

----- () -----

Bernardo Sánchez García es Pastor de almas desde hace más de cuarenta y dos años. Ha servido a Cristo en el ministerio pastoral en seis Iglesias Evangélicas españolas, cuatro en Cataluña, una en Albacete y otra en Santa Cruz de Tenerife.

Ha enseñado Homilética, Patrología, Teología Bíblica y Pastoral, y Exégesis del Antiguo y del Nuevo Testamento en Institutos y Seminarios Evangélicos de España. Está casado, es padre de tres hijos y abuelo de siete nietos.

Ha escrito ocho libros, tres inéditos aún, y ha desempeñado cargos de liderazgo como Secretario General de la Unión Bíblica de España, Presidente de la Asociación de Ministros del Evangelio de Cataluña, Secretario General de la Fieide, y ha sido redactor habitual de las revistas evangélicas editadas en España, y de América del Sur.

Toda esta fecunda labor ministerial ha ido acompañada y respaldada por su trayectoria fiel y perseverante, y el limpio testimonio que ha ostentado desde que conoció al Señor como joven adolescente en la localidad manchega de Puerto Llano, (Ciudad Real), de la cual es oriundo.

----- () -----

A B R A H A M ... PADRE DE TODOS NOSOTROS

(Maravillosos tesoros de la simiente genética)

Introducción

El tema de la paternidad de Abraham sobre todos los verdaderos hijos de Dios renacidos por el Espíritu, es uno de los más preciosos y apasionantes de todo el riquísimo caudal que contiene la palabra de Dios.

Encierra maravillosos misterios, entendiéndose por éstos no las cosas que traen suspenso, enigmas y a menudo penumbra y temor, sino secretos del amor y la providencia divina, que el Señor tenía guardados desde la eternidad pasada, y que ahora, en la luz plena del tiempo y la dispensación de la gracia, nos han sido revelados por el Espíritu Santo.

Antes de seguir adelante, y para disipar toda duda o mala interpretación, aclaramos que este vínculo paternal de Abraham que vamos a tratar no es carnal o de sangre. En cambio, abarca a todo hombre y mujer que, por tener una fe personal y viva en Jesucristo como Salvador y Señor, ha alcanzado el perdón, la salvación y la vida eterna.

Lo que los convierte en hijos de Abraham es esto último, y no su descendencia carnal por ser israelita o judío, si bien éstos también pueden serlo, pero siempre y cuando reciban a Jesús como el Mesías y abracen de verdad la fe del evangelio.

Años atrás, al leer la historia de Abraham que se nos narra en los capítulos 12 al 25 del Génesis, nos quedábamos con un interrogante.

¿Qué fin perseguía, y qué verdades encerraba este relato, que nos cuenta, en muchas partes con mucho detalle, las andanzas, peripecias y experiencias de este gran patriarca?

Posteriormente, descubrimos en dos versículos de Hebreos lo que nos iba a brindar, junto con otros de Romanos y Gálatas, la clave para entenderlo debidamente, y al mismo tiempo, ampliar sobremanera nuestra comprensión de sus vastas proyecciones.

Veamos esos dos versículos:

“Y por decirlo así, en Abraham pagó el diezmo también Leví, que recibe los diezmos; porque aún estaba en los lomos de su padre cuando Melquisedec le salió al encuentro.” (Hebreos 7:9-10)

En este pasaje, el autor de Hebreos se está refiriendo a la ocasión del encuentro de Abraham con Melquisedec, que se consigna en Génesis 14:18-20,

para trazar magistralmente el simbolismo de Melquisedec en cuanto a la persona de Cristo y Su sacerdocio eterno.

En los versículos que hemos citado, encontramos algo realmente sorprendente. Al darle Abraham a Melquisedec los diezmos del botín, Leví – del cual Abraham era en realidad el bisabuelo, aunque a los fines de lo que se está diciendo, se lo llama el padre – también pagó los diezmos.

Es decir, que eso que hizo Abraham, no sólo era algo hecho por él mismo, sino que también marcaba o programaba – valgan estos dos vocablos – la simiente de Leví, que él llevaba en sus lomos.

O bien, por decirlo de otra forma, para que quede más claro: Leví estando en los lomos de Abraham aun muchos años antes de nacer, recibió una marca o señal que, con toda propiedad podemos denominar un rasgo genético, que lo iba a predisponer para que, una vez en vida y con uso de razón, hiciera lo mismo que Abraham su padre había hecho muchos años antes.

Todo esto corrobora lo que, por otra parte, está plenamente avalado por la experiencia práctica: además de genes biológicos que inciden sobre el organismo físico, los hay también morales, que repercuten sobre el carácter de los hijos. Es por ello que nos permitimos usar la expresión *lomos espirituales*, diferenciándolos así de lomos en el sentido usual, lo cual hace pensar meramente en una descendencia carnal o de sangre.

Y añadimos que todo el enfoque de nuestra obra va en esa línea de los rasgos genéticos morales o espirituales, y no en la de los biológicos que afectan el organismo físico.

Así, pues, nos internamos en la verdad vasta y maravillosa de la simiente genética, un campo en el cual la ciencia ha hecho numerosos y muy significativos descubrimientos en las últimas décadas. No obstante, para evitar toda posibilidad de malentendido, reiteramos la salvedad de que nos estaremos refiriendo casi exclusivamente a genética moral o espiritual y no a la biológica.

Y hemos de acotar a esta altura que el sapientísimo Espíritu Santo, inspirador de las Sagradas Escrituras, por algo, y con todo peso y razón, ha colocado en primer lugar y en un principio de la Biblia el libro del Génesis.

Efectivamente, en él se encuentran los genes u orígenes de muchas de las grandes verdades, que luego pasan a desarrollarse en el resto de las Escrituras. Entre ellas se encuentra la maravillosa y estupenda de la simiente genética de Abraham, el cual es padre de todos nosotros, que intentamos sondear y desgranar en esta obra.

Muchos al tratar el tema de la paternidad de Abraham sobre los creyentes redimidos, parecen centrarse mayormente en que materialmente él era riquísimo, por la bendición de Dios sobre su vida. Sin desconocer esa faceta ni dejar de apreciar debidamente el hecho de que los verdaderos hijos de Dios normalmente podemos y debemos ser prosperados materialmente, el enfoque y la visión de este libro va mucho más allá. En efecto: siguiendo la trayectoria de Abraham en el hilo que nos traza la palabra de Dios, ya sea en forma directa o bien simbólica o alegórica, encontramos un rico y vasto caudal de cualidades y virtudes que trascienden los parámetros de lo material y económico, y nos elevan a alturas mucho mayores en nuestra vida y caminar en este mundo.

Al acometer esta tarea de sondear y desgranar todo esto, lo hacemos con una humilde y ferviente oración: que el Dios Creador Supremo, que todo lo sabe y todo lo ve – que muchos siglos atrás creó toda la maravilla del universo y del mundo en que vivimos – nos ilumine y dé gracia y fluidez de expresión, para exponer con claridad y precisión los maravillosos tesoros que se encuentran escondidos en la narración de la vida del gran patriarca Abraham, padre no sólo de la nación de Israel, sino de todos los hijos de Dios redimidos por la fe en Jesucristo.

Sobre todo en los comienzos del libro, se notará una tendencia a insistir, ampliar y explicar otra vez cosas ya dichas anteriormente. Si bien comprendemos que para algunos que lo entenderán sin dificultad la primera vez, esto podrá resultar innecesario y quizá hasta repetitivo, lo hacemos en beneficio de otros, cuya capacidad de comprensión podría ser menor.

Así las cosas, nuestra obra no será desde luego una joya o modelo literario, ni mucho menos. En cambio, aspiramos a que las verdades que presenta puedan quedar bien entendidas también por quienes, debido a una formación más elemental o rudimentaria, no cuentan con la misma capacidad de captación.

Éste es nuestro quinto libro. Cada autor inevitablemente imprime en cada una de sus obras el sello de su estilo, idiosincrasia y, tratándose de autores cristianos, el de su identidad espiritual también. Bajo ese denominador común que nos caracteriza, hemos procurado desde un principio que cada obra fuera distinta de las anteriores en su enfoque y tónica

general. En ese sentido, quizá esta quinta sea la que más se diferencia de las demás, y confiamos en que alcanzará una buena aceptación dentro del pueblo de Dios.

Además, como verá el lector, consta de 31 capítulos, que en general son breves. Al disponerlo de esta forma, hemos considerado la posibilidad de que algunos quisieran leerlo como libro devocional, un capítulo por cada día del mes, a lo que habría que agregar, al finalizar, el epílogo con que se cierra el libro.

Al igual que los anteriores, lo ponemos en venta a un precio muy módico, que lo coloca virtualmente al alcance de todo bolsillo. Subrayamos también que de todo esto no obtenemos ninguna ganancia económica personal. “De gracia recibísteis, dad de gracia” nos ha mandado el Señor, y así lo hacemos, con mucho placer y alegría.

Finalmente, recomendamos a cada lector que, antes de seguir con la lectura, abra su corazón al Señor en oración, para que, con mente y espíritu diáfanos, pueda comprender y absorber plenamente las muchas verdades y principios contenidos en este tan apasionante tema.

----- () -----

CAPÍTULO 1 – Abraham, el amigo de Dios

En primer lugar, y antes de entrar concretamente en materia, corresponde que hagamos una breve reseña de la vida de este personaje tan eminente, primeramente llamado Abram, que significa Padre enaltecido, y posteriormente Abraham, que quiere decir Padre de una multitud.

Como ya se ha dicho, su vida y trayectoria se nos narra en el libro del Génesis, del capítulo 12 al 25, si bien en muchas otras partes de la Escritura hay alusiones a él y a sus experiencias, que amplían y enriquecen nuestra comprensión y apreciación del vasto y sustancioso tema que vamos a tratar.

Oriundo de Ur, en tierra de los caldeos, nos maravilla pensar cómo el Dios omnisciente y eterno, de entre los millares y centenas de millares de ese gran imperio, lo conoció e identificó a él, como el vaso muy especial y altamente agraciado, por medio del cual se iba a valer para llevar a cabo grandiosos propósitos de proyecciones mundiales y eternas.

Desde su partida de Harán con su esposa Sarai – como entonces se llamaba Sara – y acompañado de su sobrino Lot, hasta su muerte a la edad de 175 años, transcurrió exactamente un siglo. Resulta por demás significativo que el tiempo que le llevó al Señor para cumplir todo Su vasto propósito para con su vida, contado a partir de su paso de obediencia de salir de Harán (Génesis 12:4), fue precisamenteye lo ya señalado – una centuria completa.

A veces los molinos de Dios muelen con lentitud, pero la pericia divina sabe extraer de ellos, al final, el producto depurado, precioso y perfecto que se había propuesto lograr.

Una de las distinciones más ilustres que la Escritura le ha otorgado es la de ser llamado *amigo de Dios*. (2ª. Crónicas 20:7, Isaías 41:8 y Santiago 2:23)

Desde luego que esto no va en el sentido casi superficial en que a menudo se usa este vocablo. Se trataba de mucho más: de una identificación y compenetración íntima y profunda con el Ser Divino, que lo iba a elevar a cimas sublimes de comunión con Él, y que habrían de tener repercusiones gloriosas y eternas.

De esa identificación, íntima y profunda, hemos de ocuparnos más detalladamente más adelante, pero, a los efectos de esta parte introductoria, tomamos solamente una faceta – la que atañe al título del libro – *Abraham, el cual es padre de todos nosotros*.

En esa compenetración y comunión, el Señor quiso compartir con él Su gran paternidad, llevándolo para lograrlo a experiencias de las más ricas y variadas, que le permitieron identificarse con Dios como el Padre eterno, de una forma y en una intimidad que creemos que posiblemente ningún otro mortal haya conocido.

El resultado final habría de ser estupendo y asombroso. Él, que como varón y ser humano no había tenido un solo hijo hasta la edad de 86 años, se habría de convertir en padre de multitudes innumerables como el polvo de la tierra (Génesis 13:16) y como las estrellas del cielo. (15:5)

Estas multitudes estaban y están comprendidas por una parte, por el pueblo de Israel, su descendencia carnal y de sangre, y por la otra, por aquéllos que lo son espiritualmente, por haber abrazado la fe, así como él la abrazó primero, como padre y pionero de ese camino.

La casi totalidad de nuestra obra se centra en esta segunda y última descendencia.

Corresponde, pues, que definamos con precisión quiénes son hijos e hijas de Abraham, en esta acepción de ser de su estirpe espiritual.

“Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham.”
(Gálatas 3:7)

Por supuesto que esto no significa tener una fe tradicional, o en un sentido general y no del todo definido, sino algo mucho más concreto y preciso: una fe que surta en nosotros el mismo efecto que surtió en él.

Este efecto debe ser el de creer, recibir y obedecer la palabra que Dios nos ha hablado – en nuestro caso el evangelio de verdad – de tal forma que en lo más hondo del ser nos una al Dios que nos la habló, para honrarlo, seguirlo y servirle el resto de nuestra vida, así como lo hizo Abraham

Quienes podamos con toda certeza contarnos como uno de ellos, o una de ellas, debemos a partir de este momento comprender con toda claridad esta verdad sorprendente y asombrosa: *- hace muchos siglos, ya estábamos, como simiente espiritual, en los lomos de Abraham nuestro padre espiritual.*

Sí, él, nuestro padre, nos llevaba en sus lomos – lomos espirituales, valga la expresión, a la cual ya nos hemos referido, a todo lo largo de su peregrinaje terrenal.

A primera vista, a algunos esto les resultará extraño y hasta difícil de entender y aceptar, pero a medida que avancemos, confiamos en que se les irá aclarando y se les disipará toda duda.

Por ahora, agreguemos que la paternidad de Abraham sobre nosotros, no se opone a la gran paternidad eterna de Dios, nuestro Padre celestial, ni la contradice para nada. El hecho de que el Señor mismo le cambiase su nombre primitivo por el de Abraham, que significa, como ya se ha dicho, padre de una multitud, y que Pablo, tanto en Romanos 4:16 como en Gálatas 3:7 y 29 lo llama el padre de todos nosotros, basta para que desaparezca toda duda.

Quizá la explicación más sencilla sea la de señalar que, en Su trato especial con Su íntimo amigo Abraham, nuestro Padre celestial le quiso conferir a él el alto honor de ostentar y reflejar algo de Su gloriosa paternidad, sin que ello supusiera el opacar o disminuir de manera alguna Su propia paternidad celestial y eterna.

Su nombre aparece en la Biblia unas doscientas ochenta y seis veces, como Abram en un principio, y como Abraham con posterioridad. Como dato de interés, conviene agregar que más de la mitad de esas veces se lo menciona después de su muerte, lo que nos da un índice elocuente del peso y el impacto de su vida y persona aun con posterioridad a su deceso.

Tuvo, además, el altísimo honor de ser el primero, dentro de un grupo muy selecto de sólo cinco, a los cuales el Señor, al dirigirse a ellos personalmente, les llamara por su nombre dos veces.

Esta distinción tan especial, en el caso suyo se nos consigna en Génesis 22:11. Según ya señalamos en una obra anterior, aparte de él, sólo la tuvieron en el largo hilo posterior de la historia de las Escrituras, otros cuatro grandes personajes, a saber Jacob (Génesis 46:2), Moisés (Éxodo 3:4), Samuel (1^a. Samuel 3:10) y Saulo de Tarso, que después habría de ser el gran apóstol Pablo (Los Hechos 9:4)

Asimismo, tenemos una mención muy particular de Abraham, brotada de los propios labios de Jesús, en el pasaje de Lucas 16 sobre el rico y Lázaro, que se extiende del versículo 19 hasta el 31.

En una oportunidad posterior, al contestar Jesús a los saduceos, les dijo: *“Pero respecto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que os fue dicho por Dios, cuando dijo:*

Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob?
Dios no es Dios de muertos, sino de vivos.” (Mateo 22:31-32). Y según la versión de Lucas, agregó *“...pues para él todos viven.”* (Lucas 20:38b)

Esto no sólo confirma y refuerza la verdad de la vida después de la muerte física. Además de eso, echa de ver, con las palabras *“os fue dicho”*, que esa proclamación de ser el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, que Dios le hizo a Moisés en el pasaje de la zarza, tenía un alcance mucho mayor. En efecto: al quedar inscrita en Éxodo 3:6, perseguía también el fin de que los saduceos la comprendiesen y supiesen, y desde luego para que todos nosotros también hagamos lo propio.